

BEARN O LA SALA
DE LAS MUÑECAS

LLORENÇ VILLALONGA

BEARN O LA SALA
DE LAS MUÑECAS

PRÓLOGO DE JOSÉ CARLOS LLOP

EDICIÓN DE JOSÉ CARLOS LLOP
Y DAVID MARTÍN COPÉ

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

PRÓLOGO
LOS PAPELES DE «BEARN»

1

En Mallorca, los funerales son la ceremonia de la tribu. Nada hay más importante ni sintomático que un funeral. Un funeral es una llamada de la muerte a la vida y, en esa vida, a su representación y su ficción. En él se inventa incluso el respeto que no se tuvo por el difunto, cuando aún no lo era, y la fiesta social —con duelo o sin él— es ejemplar para comprender el mundo y ejemplarizante para aquel que aún continúa sin entenderlo. El mundo, en una isla —no hay que olvidarlo jamás—, es la isla en sí; todo lo demás está fuera del mundo.

Esto lo sabía Llorenç Villalonga, de quien a principios de 1980 se celebró el funeral en la iglesia parroquial de Santa Eulalia, un bello templo gótico —el más antiguo de Mallorca— con un posterior añadido frontal a lo Violet Le-Duc, que parece una lanzadera espacial. Esta iglesia es la parroquia del barrio donde acabó viviendo, vía conyugal, el autor de *Mort de dama*: el barrio de los gatos —que permanecen—, las beatas —ya extintas—, los canónigos —ahora entre el *clergyman* y el jersey gris, sin muce-ta que los distinga— y lo que él denominó «la burguesía aristocrática», restando a lo local la palabra y el concepto «nobleza».

El funeral de Llorenç Villalonga no fue multitudinario, haciendo honor a la tradición insular, y no tan insular, que considera la literatura como algo aparte de la vida, bastante inútil por otro lado. La iglesia de Santa Eulalia no es pequeña, pero tampoco excesivamente grande; sin embargo, no se llenó. Una hora antes del funeral hubo un apagón general de la iluminación pública. Las calles quedaron a oscuras, velando el cadáver

de quien se había paseado por ellas durante toda su vida. Sin la ciudad —sin una idea determinada de la ciudad: *la cité* sobre *la ville*—, Villalonga no hubiera sido el escritor que fue. El azar regala a menudo sombras y silencios impagables.

La iglesia, repito, no se llenó, pero el suyo fue el funeral más oficial de los que ha habido nunca en la isla por motivos artísticos. Presidió el duelo, en nombre del rey y del Gobierno de España, el entonces ministro de Cultura Ricardo de la Cierva —quien, por cierto, dio muestras de conocer muy bien la obra villalonguiana—. Lo acompañaban el director general del Libro, Joaquín de Entrambasaguas, el gobernador civil, el presidente del Consell General Interinsular, su *conseller* de Cultura, los alcaldes de Palma y Binissalem —donde Villalonga pasaba los veranos—, la delegada provincial del Ministerio de Cultura y el abogado —albacea de sus derechos, amigo del escritor y en aquel momento, senador por UCD—. Villalonga, que no había tenido hijos y había sido, como Borges, un escéptico de la democracia, tuvo un banco de lo más representativo.

Alguien, sin embargo, se sintió relegado en aquel funeral. Me refiero a otro escritor, buen amigo y pariente político —era primo de su mujer— de Llorenç Villalonga. El día anterior había bajado a hombros el féretro junto con otros amigos y discípulos literarios, camino del cementerio. Pero la tarde del funeral nadie lo invitó a figurar en el banco oficial y masculino del duelo, donde él consideraba que estaba su sitio. Ni su prima, la viuda, ni el albacea testamentario (que fue —como le habría gustado a Villalonga— el sutil maestro de ceremonias de los detalles formales) le habían dicho nada al respecto. El escritor —después de tantos años de estar junto a L. V.— se sintió marginado, se ofendió y de esa ofensa surgió repentinamente el manuscrito catalán de *Bearn o La sala de les nines*: todo lo que tiene que ver con Villalonga se acaba convirtiendo en obra villalonguiana.

Aquel manuscrito se lo había dado el escritor ofendido —cuando aún no lo estaba— al abogado que Villalonga había nombrado albacea testamentario. Poco después del funeral se lo reclamó, y el albacea —y posterior heredero de los derechos de la obra villalonguiana— se lo devolvió tal cual. Dicho manuscrito —que Llorenç Villalonga le había regalado— permaneció en su poder hasta su muerte y, después, en el de sus herederos, quienes, actualmente tramitan su venta al Consell de Mallorca, institución que ya compró años atrás la casa de verano de Binissalem, y creó en ella la Fundació Llorenç Villalonga. De qué fecha es ese manuscrito yo no lo sé, pero no me caben dudas de que es posterior a un manuscrito original en castellano. Porque del mismo modo que hubo dos ediciones diferentes de *Bearn* —una en castellano (la de 1956) y otra en catalán (la de 1961)— hubo también dos manuscritos diferentes. Así que el misterio de *Bearn* no se encuentra en la sala de las muñecas donde se encerraba el antepasado de don Antoni de Bearn y en la que murió asesinado, sino en la lengua en que fue escrita originariamente la novela. Es un misterio de una importancia relativa —o no—, pero existir, existe, y explica, una vez más, el juego al que Villalonga sometía a su principal personaje —él mismo— en su particular sala de las muñecas: su obra literaria. ¿El juego o las esperanzas que había depositado en su novela al escribirla?

No se tienen datos exactos sobre cuándo empezó Villalonga a escribir *Bearn*, pero existe una fecha más o menos precisa en sus *Falses Memòries: los años de la Guerra Civil*. Que luego la abandonara para retomarla diez o quince años más tarde es posible: ocurre con muchas novelas que, tras una potente arrancada, se desvanece el relato entre las manos de su autor y queda en nada. O eso se cree hasta que llega el inesperado momento de cristalización y años después se escribe esa novela perdida, de una sentada casi. De hecho la primera edición de *Bearn* fue la

castellana de 1956, tras haberla presentado al Premio Nadal y luego al Ciudad de Barcelona y haberse quedado en ambos con un palmo de narices y algo más. Pero vayamos por partes y regresemos a la Guerra Civil, que es adonde siempre se regresa cuando se ha tenido la desgracia de vivir una de ellas.

2

En el verano de 1936, Llorenç Villalonga se había retirado con su mujer, Teresa Gelabert, a la casa con jardín y huerto que ella poseía en Binissalem. Los bombardeos sobre Palma habían provocado cierto desplazamiento de ciudadanos hacia los pueblos del interior de la isla. También el del novelista, que combinaba su retiro con guardias nocturnas en Falange Sanitaria. En el verano de 1936 fracasó el desembarco de Bayo en Mallorca y Villalonga cuenta que fue en ese momento cuando concibió la idea de *Bearn o La sala de las muñecas*: «Una vez abortada la aventura de Bayo, concebí *Bearn*». ¿Tenían relación una cosa y la otra? Posiblemente. Las fuerzas anarquistas de Bayo simbolizaron el verdadero peligro revolucionario para la Mallorca tradicional del novelista —que era, por otra parte, la Mallorca real— y, salvada la situación bélica, es probable que Villalonga pensara que había llegado la hora de escribir la elegía de un mundo que no había sido destruido por la guerra, pero que, si no había desaparecido ya, estaba a punto de hacerlo. La misma sociedad que lo había creado era incapaz de sostenerlo; es decir, de reinventarlo. Para esa tarea se necesitaba la literatura.

Si damos crédito al escritor, es en el primer verano de la guerra cuando empieza *Bearn*. Sin embargo, en su *Diario de guerra* —de cuya edición en Pre-Textos fui el responsable— no figura por parte alguna noticia de la escritura de *Bearn*. Es verdad que el desembarco de Bayo fue en el 36 y el *Diario* comienza en

1937, un año después del llamado Alzamiento Nacional. Pero en esos dos años de breve escritura diarística —el *Diario* es breve, esporádico y en muchas ocasiones elusivo de la realidad circundante—, Villalonga no hace una sola anotación referente a *Bearn*. Solo nos indica que está corrigiendo el capítulo XIV de *Madame Dillon*, novela que con el tiempo se convertirá en *L'hereva de donya Obdúlia*. Pero poco más.

Pero ¿cuál era la lengua literaria de Villalonga en 1936? Pese a haber escrito *Mort de dama* (1931) —pienso que su mejor novela y el origen fundacional de toda su obra— en mallorquín o catalán de Mallorca, todo lo demás está escrito en castellano. Lo está *Fedra* —que tanto gustó al poeta Espriu—, lo está en su totalidad la revista *Brisas* —que él dirigía a su imagen y semejanza—, lo están sus poemas —o mejor dicho, sus prosas rimadas—, lo está su biografía de Chateaubriand —escrita a medias con su hermano Miguel—, lo están sus artículos en prensa —que reúne, los exclusivamente políticos, en un volumen titulado *Centro*—, lo están sus conferencias literarias y sus ponencias profesionales sobre psiquiatría. Y ya en plena guerra, su *Diario de guerra* y sus emisiones radiofónicas, claro. Pero esa —la de la radio— es otra cuestión, puramente bélica, no literaria.

Antes he mencionado las esperanzas que Villalonga había depositado en su obra y esas esperanzas pasaron durante años por el castellano como lengua literaria, aunque no lo dominara del todo. (Ocurre muchas veces con los escritores bilingües que su lengua coloquial, cotidiana, no coincide al cien por cien con su lengua literaria y eso se nota especialmente en la escasez de diálogos en su obra). Luego la cosa cambiaría y una paradoja más de Villalonga fue que se convirtió en el gran novelista de la literatura catalana del siglo XX. Pero en el momento de escribir *Bearn*, no era este su objetivo y tampoco su puerto de arribada, empezara a escribir la novela durante la guerra —que parece probable, al menos sus primeras páginas y la idea general— o lo hiciera a

principios de los 50 —como aseguran algunos de los que le trataban en aquella época y defienden la tesis catalana del original—; lo que resulta curioso, porque dos años después de la publicación de la primera edición de *Bearn* (Atlante, 1956), Villalonga se presenta al premio Ciudad de Palma con una novela también escrita en castellano —*Desenlace en Montlleó*—. Se presenta y lo gana, con lo que no parece que sus esperanzas literarias estuvieran en ese momento con la vista puesta en la literatura catalana. Como tampoco lo están mientras escribe —también en castellano— la primera versión de *El misantrop*. Eso vendría más tarde y lo haría —en parte— de la mano del rechazo, del olvido, de la invisibilidad, de la inexistencia de Lorenzo Villalonga en la literatura española del momento. De su temor a pasar —siendo un escritor europeo— como un autor meramente local.

Cuando Llorenç Villalonga —que todavía firma como Lorenzo— acaba *Bearn*, decide presentarlo al Premio Nadal de 1956, pero lo obtiene *El Jarama*, de Rafael Sánchez-Ferlosio. Villalonga, en aquel momento, está a punto de cumplir 60 años y la derrota de su novela frente al llamado behaviorismo —que le producía urticaria intelectual— fue dolorosa por doble motivo. Lo fue en sí misma y lo fue también porque la interpretó —acertadamente, además— como una declaración de principios de la literatura contemporánea española —su nueva vía— y en esa declaración iba incluida su exclusión, la exclusión de su mundo literario. (Algo parecido ocurriría con autores más jóvenes, como Perucho o Cunqueiro, por ejemplo, y no es casual que ambos poseyeran también dos lenguas). A partir de ahí, Villalonga, aconsejado también por sus amigos más jóvenes —de Llorenç Moya a Vidal Alcover o Porcel, de Grimalt a Frontera o Pomar— y no tan jóvenes —el valenciano Sanchis Guarner— empieza a contemplar la literatura catalana como una casa natural. Y la presencia de Cela en la isla —con quien tiene un rifi-

rrafe después de que el gallego apunte una posible genealogía semita del mallorquín en el prólogo a esa edición castellana de *Bearn*—, añadida a la contemplación de su éxito literario —el de Cela— en una tradición del realismo tremendista por la que Villalonga no siente aprecio ninguno, debió contribuir a ese cambio. Solo faltaba la irrupción del editor Joan Sales en su vida, que no tardaría mucho. Pero antes, Villalonga publica su novela en una editorial local. Y dos años después, repito, *Desenlace en Montlleó*, también en castellano. Entonces, ¿qué fue de esos manuscritos? ¿Se quemaron como todo lo que había en la sala de las muñecas?

Siempre ha habido una especie de conjura —empleo la palabra, que es grandilocuente y excesiva para el caso, solo porque sé que a L.V. le haría gracia— para evitar la consideración de Villalonga como un escritor fuera de la literatura catalana. Y curiosamente la ha habido entre los que más deseaban que Villalonga fuera —como acabó siendo— un autor de la literatura catalana. Y más curiosamente aún entre quienes le reprochan una y otra vez —desde no se sabe qué judicatura— su conservadurismo —esencial en su particular visión del mundo—, cuando no lo tildan de fascista sin más. A un hombre que consideraba una grosería cualquier radicalismo y ya no digamos la falta de *finezza*, medida y sentido común. Pero todo eso forma parte de la sala de las muñecas, de los misterios y equívocos a los que tan aficionado era Llorenç Villalonga. Y entre ellos, la existencia de ese primer manuscrito —en castellano— de la novela, que Jaime Vidal Alcover —en el prólogo a su edición para la colección Letras Hispánicas, de Cátedra— considera, interesadamente, una mera traducción. Como si Villalonga —cuya inteligencia, de un cerebralismo frío, era de primer orden— estuviera en este mundo para escribir y traducirse y volver a escribir y volver a traducirse y así —ahora lo intento en una lengua, luego lo pruebo con otra— en una espiral infinita y sin cuento ni destino al-

guno. Aunque también es verdad que esas nieblas, a él, le interesaban particularmente: «ni castellano ni catalán; debería escribir en francés», llegó a decir.

Pero no se interprete nada de todo esto como una reivindicación de las que tanto gustan para hacer perder el tiempo a la gente, especialmente entre aquellos a los que la literatura importa poco y la contemplan como un objeto político arrojadizo, en función de la lengua y sus sectarismos. Solo es la historia de *Bearn*, del libro, quiero decir. Y en esa historia hay un rechazo —o lo que se vive como tal— y un dolor en el que ya se incubaba la metamorfosis, el cambio de lengua. Solo falta un empujón y ese empujón se lo dan Baltasar Porcel y Mercè Rodoreda —la otra gran novelista catalana del xx— como embajadores respectivos de Villalonga y Joan Sales, o de Sales y Villalonga, que tanto da en ambos casos. Siempre he creído que Joan Sales vio en Villalonga dos cosas: el gran escritor que era, por supuesto, y la oportuna posibilidad de creación —junto al corpus rodorediano y en colaboración con el crítico Molas— de la verdadera novela catalana del xx, manca y coja desde *Vida privada*, de Sagarra. El episodio —con final feliz— lo han contado, mucho mejor de lo que podría contar yo, sus protagonistas, y en 1961 *La sala de las muñecas* ya es *La sala de les nines* y el nombre literario de Villalonga, Llorenç, para siempre. El nombre de Lorenzo quedará aparcado en la placa de su casa; la de médico, quiero decir, y *Bearn* obtendrá el Premio de la Crítica, modalidad literatura catalana, de ese año. El moderno diletante de entreguerras, el falangista ocasional durante la Guerra Civil y el hombre conservador, facción fatalista mediterráneo, se había convertido —vía mutación idiomática o asimilación de la lengua coloquial en literaria— en flamante autor de la literatura catalana, lo que en castellano le había sido negado, con su novela más destacada, una y otra vez. Se ve que el mar separa mucho.

Bearn es una novela narrada por un cura del que apenas sabemos nada, aspavientos, sensatez y sumisión aparte. Quiero decir que en el libro se mantiene el equívoco del origen del narrador, que suponemos es don Toni de Bearn, el sujeto narrado. Este asunto del equívoco, ya lo hemos dicho, es muy villalonguiano. Como lo es el antepasado que fue amante de la reina —el guardián de la sala de las muñecas—, pero que también pudo serlo de Godoy. Hay un matrimonio basado en el interés, la inteligencia y un afectuoso sentido del humor. Hay una Mallorca, estructurada en castas, que se desvanece mirándose al espejo. Hay un globo Montgolfier y una especie de De Dion-Bouton que revienta entre risas. Hay filosofía volteriana, armazón bergsonianos, destellos aforísticos a lo La Rochefoucauld y memorialismo del Gran Siglo. Hay también chispazos nietzschanos y luces proustianas. Hay un misterio de rosa-cruces y un adulterio con una sobrina, un viaje a París y otro *affaire* amoroso, esta vez con Napoleón III. En fin, el equívoco de nuevo. Un equívoco donde la mallorquina Xima —la sobrina amada— le pondrá los cuernos a Eugenia de Montijo: otro guiño villalonguiano. Pero todos esos equívocos tienen un doble objetivo: cantar la elegía de un mundo —de una manera de entender y vivir el mundo— en vías de extinción y elevarlo a la categoría de mito. Para ello el novelista será eje, narciso y disfraz, como disfrazadas están las muñecas de la sala cerrada y disfrazado estaba el antepasado de don Toni de Bearn cuando entraba en la sala cerrada a jugar con ellas y cuando fue asesinado. Que equívoco y disfraz siempre han sido primos hermanos.

En cuanto al estilo, poca voluntad había en el escritor. El suyo fue desmañado y sin traza: era un hombre sordo para el estilo; en Villalonga, el estilo son las ideas. «En la novela

Bearn intenté hacer el retrato moral de la isla, pues en *Mort de dama* había hecho su caricatura», nos dirá en sus *Falses memòries*. Para lograrlo, Llorenç Villalonga se disfraza de afrancesado de mediados del XX que escribe sobre otro afrancesado del XIX, que a su vez escribe disfrazado de caballero francés del XVIII. Los tres hombres son el mismo y en su particular juego de espejos inventan una Mallorca imaginaria, universalizándola, que es el mejor retrato de otra Mallorca que fue real. (Algo parecido haría Lampedusa con Sicilia, algunos años más tarde). Pero en el fondo, ahí, en su humus, acaba vislumbrándose una sola cosa: el rostro solitario y algo perplejo de su autor, un rostro que pertenece a esa estirpe que nace con el cardenal de Retz y el Duque de Saint-Simon y tiene su cima en Marcel Proust.

Para esta edición —en la que hemos corregido errores y cambiado inexactitudes, sin movernos, obviamente, ni un ápice de su sentido, concepción y espíritu originales— se han utilizado tanto las tres principales ediciones castellanas de *Bearn* —Atlante, Seix Barral y Cátedra—, como la catalana de 1961 y la de 1966, incluida en el volumen *Les novel·les del mite de Bearn*. David Martín Copé —que ha sido el impecable rastreador de los diferentes textos— y yo, como supervisor de sus correcciones, hemos intentado conseguir una edición de la más ajustada fidelidad a la forma que le dio en vida su autor, o que le habría dado de conocer mejor el castellano. Es decir, solo hemos modificado todo aquello que hemos considerado incorrecciones de vocabulario, distorsiones gramaticales y disonantes mallorquinismos que, pese a su gravedad, a Jaume Vidal Alcover —su primer y último, hasta hoy, editor en castellano— le pasaron por alto. Suficientes como para considerar que esta, si no la edición definitiva —palabra última, más adecuada para los filólogos que para nosotros— de la versión castellana de la novela, es la que más se ha aproximado a esa idea.

A mediados de los 70, cerca del final de su vida, visité a Llorenç Villalonga en su casa. Todavía figuraba la placa de médico con su nombre en castellano: Lorenzo. La casa era una casa austera, aunque con las piezas y los motivos decorativos que correspondían a una buena casa —de segunda fila— del barrio catedralicio. Damascos, espejos, arquillas, cajas, pinturas oscuras, panoplias, algún tapiz de imitación dieciochesca y una sala de seda ambarina con cierta voluntad palaciega, algo pretenciosa, como de indiano. El escritor no se detuvo en esa sala, sino que me pasó a otra bastante más pequeña donde había un tresillo isabelino y una camilla con brasero. También estaba el televisor, cerca de la chimenea. Sobre aquella chimenea había un espejo colgado de la pared y la atmósfera era, ya dije, austera y mediterránea, ahí donde el gusto de la clase media y la vocación señorial llegan a parecerse tanto que no se distinguen. Recuerdo que sobre la repisa de la chimenea había dos bibelots de muy dudoso gusto, inexplicables en un escritor como él. Eran dos caracolas en cuyo interior lucían horriblemente unas calcomanías de la catedral de Palma y el puerto de la ciudad. Nosotros, en esta edición, nos hemos limitado simplemente a suprimir aquellas caracolas.

JOSÉ CARLOS LLOP, 2009

Els meus ulls ja no saben
sinó contemplar dies
i sols perduts.

SALVADOR ESPRIU,
Cementiri de Sinera

INTRODUCCIÓN

Carta de don Juan Mayol, capellán de Bearn, a don Miguel Gelabert, secretario del señor cardenal primado de las Españas.

Bearn, 1890

Querido amigo:

Ignoro si cuando llegue esta carta a tus manos, juntamente con el manuscrito que la acompaña, conocerás ya la infausta nueva: los señores murieron hará cerca de dos meses, en circunstancias harto misteriosas. Bearn se ha visto invadido de escribanos, notarios y acreedores. Todos se ocupan de los intereses materiales de los difuntos, que al fin se reducirán a nada, y son pocos los que piensan en rezarles un padrenuestro. Yo mismo no dispongo de dos horas seguidas, y cuando, al llegar la noche, quedo finalmente solo, mi espíritu se halla tan turbado que no me siento con fuerzas para encomendarlos a Dios, de tal forma que si no fuera por la misa que les ofrezco todas las mañanas creo que hubieran pasado al otro mundo bien ligeros de equipaje. En momentos como éstos, amigo mío, el espectáculo del egoísmo humano parece que cierra las puertas a toda idea de redención. Los sobrinos llegaron un día y medio después de la desgracia, cuando los señores habían sido ya enterrados. Hacía años que no ponían los pies en Bearn. Yo te aseguro, Miguel, que lo de «su desconsolada familia», como publicó *El Adalid*, no pasa de ser una figura retórica. Doña Magdalena elogió las porcelanas del salón y los hermanos se interesaron por el pinar de *Sa Cova*, que ellos suponían cortado desde tiempo atrás. No creí necesario decirles que, si no cortado, está vendido y cobra-

do anticipadamente y rehuí todo lo referente a últimas voluntades hasta que comunicaran de Madrid cuál era el postrer testamento de los difuntos (que, dicho sea entre nosotros, me constaba que no hicieron ninguno en toda su vida). Se interesaron también por las joyas de doña María Antonia y por el dinero que pudiera haber en la casa, pero el juez, que se les adelantó, había cerrado y sellado todos los armarios, cosa que me evitó tener que dar explicaciones. La sobrina, a última hora, hubiera querido visitar la famosa sala de las muñecas, y yo, creyendo interpretar la voluntad de los difuntos, hice como si hubiera perdido la llave. Se fueron un poco recelosos y no he vuelto a verlos. Hubieran desconfiado doblemente de haber sabido que en un escondrijo de mi cuarto, lleno de papeles y trastos viejos, guardo mil quinientos duros que el señor me entregó hace cosa de medio año, con instrucciones concretas, como irás viendo. En el manuscrito adjunto he intentado exponer un caso de conciencia. Piénsalo antes de emprender su lectura: todo cuanto en él relato has de admitirlo como si fuera una confesión. Si no te hallaras dispuesto a recibir mis confidencias (que, te lo advierto, te turbarán), estoy seguro de que sabrás quemar esas páginas antes de pasar adelante.

Tú, Miguel, has sido y eres el amigo de mi vida, en la plena acepción de la palabra. Siempre recordaré tu misericordia cuando, en momentos de angustia, porque la tragedia era reciente, te confié aquella desgracia, por no decir aquel crimen, que contribuyó a hacerme renunciar al mundo. El día que te conocí cumplía una semana de lo de Jaime. Yo, que no he tenido padres ni hermanos, hallé en ti primeramente el cariño fraternal y después aquella milagrosa comunidad de criterio que constituye la merced más grande que Dios Nuestro Señor puede dispensar a dos hombres. Ni tú ni yo (*arcades ambo*, como decía, medio en serio medio en broma, el rector del seminario) olvidaremos los largos diálogos bajo el almez del patio, comen-

tando a san Agustín y a Descartes. Nuestras inteligencias se abrían al mismo tiempo ante la maravilla de ese mundo sobrenatural que algunos niegan por frivolidad, pero que, cuando se llega a entrever, constituye una palpable revelación de la presencia divina. Don Antonio me decía a veces, porque él era así, que, al sentirme viejo y examinar mi existencia, echaría en falta en ella, como si se tratara de una salsa picante, un solo ingrediente, que es el diablo. Eran cosas del señor, que él no decía para que se las tomaran en serio y que, no obstante, obligaban a pensar. Si fuera cierto que el demonio no ha intervenido en mi vida (y tú y yo sabemos que no lo es) me parecería una gracia especialísima. Don Antonio poseía un alma generosa, confiada y abierta. Todos sus errores, que fueron muchos, provenían de su confianza en la Misericordia y de su amor a las criaturas y a la naturaleza: merecerían atenuantes y disculpas en gracia a las intenciones. Su envoltura mortal es ya polvo (aquella carne a la cual no había regateado deleites) y ahora solo queda el alma en presencia del Dios vivo que habrá de juzgarla.

Necesito exponerte las dudas que me crea esta doble muerte, y las instrucciones que recibí del señor, junto con los mil quinientos duros a los que hice referencia. Parece imposible que hubiera llegado a reunir una cantidad de tal magnitud, que bastaría casi para sostener a una familia. El esfuerzo que ello debió representarle (aun sabiendo que cuando una de esas casas se arruina siempre se salva algo del naufragio) hace pensar en el enorme interés que debía sentir por los encargos que me ha hecho: él, a quien los años habían apartado, al parecer, de toda actividad mundana. Si los acreedores y los abogados que estudian la liquidación de los difuntos se dieran cuenta de que yo, en otro tiempo porquero y hoy pobre capellán sin más beneficio que la misa, escondo tanto dinero en mi habitación, creerían probablemente que lo he robado y quién sabe si llegarían a atribuirme la muerte de los señores, ocurrida en unas ho-

ras de intervalo, cuando gozaban, a pesar de sus años, de una salud perfecta. Tales peligros nada significan al lado de las preocupaciones de índole moral que se me plantean. El señor cardenal es la primera autoridad de la Iglesia española, y yo, Miguel, confío en ti para someter el caso a su alta jurisdicción. Pero antes es necesario que conozcas perfectamente el problema de que se trata. La consulta no es sencilla y me he visto obligado a comenzar la narración desde tiempos atrás. Reseñar las particularidades de aquella vida tan hermosa, a pesar de sus graves errores, ha constituido un lenitivo para mi soledad. He de reconocer, y así habremos de manifestarlo al señor cardenal, que el móvil de la exposición que se acompaña, escrita en el transcurso de estas noches interminables, no es quizá solo un escrúpulo moral, sino también la fruición de hacer revivir la figura familiar y venerada que acabo de perder.

Con ella desaparece todo un mundo, comenzando por estas tierras que me han visto nacer y que habrán de subastarse, porque los acreedores ya han notificado que no quieren esperar. Los sobrinos ni tienen dinero para hacerse cargo de las hipotecas ni, acostumbrados a la vida de la ciudad, sienten el menor interés por estos lugares. Quedaría una última esperanza: acaba de regresar de América un pariente que ha hecho fortuna con cajas de cartón. Parece increíble que vendiendo cajitas se pueda llegar a ser un personaje, pero él se ha presentado con mucho boato, cargado de cadenas de oro y decidido a deslumbrar a todos con un automóvil eléctrico que corre como desbocado y que ha matado ya dos ovejas. En las tarjetas de visita, según me han contado, aparece, debajo del nombre, la palabra «cartoenvases», que nadie sabía lo que significaba hasta que se averiguó que se trataba de las famosas cajitas. Pues bien, este personaje, por decirlo así, se supone que tal vez compraría la finca, con lo que evitaría que fuera a parar a manos extrañas. Comprendo que a los señores eso de «cartoenvases» no les pa-

recería muy bien, y se dice, además, que la madre del capitalista vivía separada del marido, un Bearn descarriado, cuando nació la criatura; cosa que dio lugar a comentarios. La edad nos enseña a examinar los acontecimientos con filosofía. Para mí, que me hallo a medio camino de la existencia, este Bearn-de-cajas-de-cartón no pasaría de ser un intruso, pero es evidente que en estos mismos instantes se está formando una nueva generación dispuesta a asociar, en su día, estas viejas tierras a la persona del aventurero y a experimentar, delante de tal unión, señor y tierras (que ella creería provista de fuertes raíces), los mismos sentimientos que yo, desde niño, experimenté ante don Antonio. Escudriñando por el archivo de la finca no dejaríamos de hallar casos parecidos al que nos ocupa. Porque la realidad solo radica en nosotros mismos y extrae al fin toda su continuidad de algo tan mágico y tan convencional como es un nombre. Dios, según nos enseñan, creó los mundos por medio del Verbo.

El señor ejerció sobre mí una verdadera fascinación. Su esposa, que era tan buena, nunca me inspiró el interés de aquella alma que se disputaban Dios y el demonio sin que a la hora actual pueda vislumbrarse quién ha ganado en la lucha. Es posible que en esta angustia se base el amor que siempre le he profesado, y es posible también que sea ella, la angustia, aquella salsa que, según el señor, necesitan los manjares a fin de resultar sabrosos.

Para la mejor comprensión del problema he dividido mi exposición en varias partes, como si se tratara de una novela. La primera podría titularse *Bajo el influjo de Fausto* y responde a la época borrascosa de aquella discutible existencia. La segunda discurre más bien en la calma de estas montañas y se podría llamar (aunque en un sentido un poco equívoco, porque la calma era más aparente que real) *La paz reina en Bearn*. Respecto a la tercera, constituye un epílogo escrito algo después, con mo-

tivo de una reciente visita, por lo demás extraña y desconcertante.

Permite, todavía, una última observación: no te asombres de hallar algunas crudezas en el curso de este relato. Debes hacerte cargo de que estoy obligado a presentar al señor tal como fue, con sus lacras y sus grandezas, y que, desde el momento en que someto su figura al juicio de la Iglesia, nunca reflejaré bastante la realidad de los hechos, aun cuando, por encima de todas las incomprensiones posibles, quedará Dios, que constituye la comprensión infinita.

PRIMERA PARTE

BAJO EL INFLUJO DE FAUSTO

Puesto que nunca, que yo recuerde, llegaste a venir a Bearn, te diré que se trata de una vieja posesión de montaña, situada cerca de un lugar de unas cuatrocientas almas llamado, también, Bearn. Se ignora si la finca tomó el nombre del pueblo o si el pueblo ha tomado el nombre de la heredad. Cada año, el día de San Miguel, que es la fiesta patronal, el predicador alude a que estas tierras pertenecen a los señores desde la Conquista. «Nuestra estirpe —solía decir don Antonio— es tan antigua que no data; sus orígenes se pierden en la noche, cosa que nos cubre de prestigio.» Pero la tradición que los hizo respetables e indiscutibles no ha llegado a ser comprobada de una manera oficial. Los señores fueron indiferentes en materia de erudición, excepto mi bienhechor, que salió afrancesado. No hará todavía ciento cincuenta años, uno de los bisabuelos, llamado también don Antonio, era un espíritu primitivo y autoritario, del que se cuentan muchas historias, aunque se le atribuyen excesos que seguramente no cometió. Los viejos recuerdan un cantar que decía así:

Jesús es troba en el cel
 i a Moreria l'infeel.
 A l'Infern hi ha el Dimoni
 i a Bearn hi viu don Toni.

El señor se reía de tales cosas. «Por lo menos —decía— ese no perdía el tiempo.» Los demás antecesores pasaron, por lo general, sin pena ni gloria. Vivían en el campo. Ignoraban o desdénaban los refinamientos de la Ciudad. La Ciudad, en correspondencia, los ignoraba a ellos.

Desde el lugar a Bearn hay, a pie, cerca de una hora de camino, pero, debido a los accidentes del terreno, no se descubre la casa hasta que se está junto a ella. Bearn se halla, pues, imaginariamente, a cien leguas del mundo. Las tierras son pobres, llenas de rocas y bosques. En estos parajes, hará treinta y nueve años, vine al mundo, hijo de un labrador y de una jornalera. No conservo memoria de mis progenitores. De mi madre oí decir que era hermosa, con los ojos negros. Tan pronto tuve uso de razón me destinaron a guardar cerdos, pero el señor dispuso, algunos años después, que me enviaran a un colegio de la Ciudad.* Recuerdo cómo ocurrió el hecho. Era un atardecer de estío y había conducido la piara cerca de S'Ull de sa Font cuando llegaron los señores. Pasaban entonces largas temporadas ausentes y, cuando se hallaban en la finca, el respeto, el miedo o la timidez me hacían huir de su presencia. Casi no me atrevía a mirarles más que en la iglesia el día de san Miguel, cuando les colocaban dos sillones de terciopelo rojo frente al altar. Doña María Antonia era muy bella, y don Antonio, delgado y esbelto, más bien pequeño, se le parecía bastante, a pesar de ser feo. Eran primos hermanos. Aunque sonreían casi siempre, su aspecto imponía, porque parecían de una materia diferente a la de los campesinos, más nueva y luminosa. Todavía hoy no sabría explicarlo. Los vestidos influían seguramente, pero creo que se trataba de algo más inmaterial, casi mágico, que se desprendía del nombre feudal y pastoril de Bearn, reverenciado desde el púlpito en el día de la fiesta. Regularmente, hacia San Miguel, suele llover en la montaña, y así la historia de la vieja familia va enlazada, en el recuerdo, tanto como a los hechos de armas de los

* Aun cuando en la isla existen varias ciudades, los mallorquines acostumbra admitir una sola, que es Palma, en otro tiempo «Ciutat de Mallorca»; por antonomasia, «Ciutat». (*Nota del autor.*)

antepasados, a los primeros frescores y al verdor alegre de los primeros pastos.

—Mira, Tonet, qué niño tan hermoso —dijo doña María Antonia.

El señor me miró en silencio. Su esposa parecía un poco inmutada.

—No sé —añadió— a quién me recuerda.

Él callaba. Al día siguiente me enviaron a la Ciudad, interno en el colegio de los padres teatinos. No regresé hasta abril, por las vacaciones de Pascua. Mis protectores no se hallaban en la finca. *Madò* Francina me dijo que el señor «se había embarcado» y que doña María Antonia se encontraba en la posada* de Bearn, que es una casona de piedra situada junto a la iglesia. Me pareció ver algún misterio en sus palabras. Se trataba, en efecto, del hecho más increíble ocurrido en el transcurso de siglos. Todos lo comentaban a media voz y yo, por más que prestaba atención, no lograba enterarme de nada. Por otra parte, lo que entonces hubiera podido averiguar habría sido únicamente el aspecto externo de la cuestión. Años más tarde, pasada la borrasca y cuando volvían de nuevo a vivir juntos, mi protector me fue descubriendo el mecanismo moral de lo acaecido, en unas conversaciones largas que se parecían a la confesión. Ignoro hasta qué punto podrían considerarse como tal, y comprendo que te espantará, como a mí me espanta, que a la hora presente, después de tantos años como llevo de capellán en la casa y de haberle visto morir en mis brazos, yo no pueda afirmar que el señor se haya confesado una sola vez en toda su vida. Poseía un alma clara y cambiante. Por lo mismo que se trataba de un hombre sincero, nunca se tenía la seguridad de

* En Mallorca se designa con este nombre la casa que, para breve estancia, los terratenientes poseen en el pueblo y aun en la capital de la provincia. (*Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de los editores.*)

saber cómo era, igual que no es posible adivinar cuáles serán las imágenes que se irán reflejando sobre un cristal. Es desconcertante que los seres que no se encerraron en un sistema, acaso por no prescindir de ningún aspecto de la verdad (tal fue, en su tiempo, el caso de Leonardo da Vinci), se nos aparezcan como los más tenebrosos. Si a esto añadimos que a los señores les acostumbran desde pequeños a las fórmulas amables, que no están hechas para que se las tome demasiado en serio pero que embrollan y convencen a las personas sencillas, tendremos otro motivo que explicaría la desconfianza. Los individuos vulgares, entre los que me cuento, tienden, sin poder evitarlo, a creer que únicamente las malas formas revelan franqueza, porque no saben descifrar los valores convencionales y los sobreentendidos de la cortesía. Para nosotros, él no era fácil de entender. Creo haberte dicho, por ejemplo, que usaba en su última época peluca blanca y hábito gris de franciscano. Quienes relacionaban su vida pasada y sus conversaciones, a veces no muy edificantes, con aquel hábito, no captaban sino una disonancia, que ciertamente existía, pero hubieran debido ver también las analogías (vida recoleta, amor a los temas del espíritu) que no dejaban de ser reales. No sabiendo hablar sino una lengua, se admiraban y desconfiaban de quien, habitualmente y casi por instinto, hablaba varias. Era fundamentalmente bien intencionado, aunque algunos de sus actos hubiesen sido desastrosos; pero él creía que los desastres eran ocasionados más por una insuficiencia mental que por una maldad voluntaria, que se negaba a admitir.

—¿No comprendes —solía decirme— que el tramposo o el estafador difícilmente se consideran a sí mismos como tales? Los tramposos hacen mil arreglos para quedar en buen lugar, cosa que ciertamente no entraña perversión, sino error. Desengáñate, Juan: el cochero no vuelca el carruaje por maldad, sino por impericia.

Sin duda por ello leía tantos libros, olvidando que la inteligencia también nos extravía en ocasiones. Pertenecía por su formación al siglo XVIII y no sabía prescindir de la *Raison*, a pesar de que, como irás viendo, poseía un temperamento más poético y contradictorio de lo que parecía a primera vista.

—Reconozco —explicaba— que la razón es una lucecita débil: esto no debe ser un motivo para intentar apagarla, sino para despabilarla.

El *credo quia absurdum* de Tertuliano (que él, como sus maestros franceses, atribuía equivocadamente a san Agustín) le parecía una aberración. Era hábil sofista y dialéctico. Yo he considerado con prevención sus enseñanzas, pero no siempre he sabido sustraerme a su encanto. ¿Cómo podría haber sido de otra manera? El colegio al cual me habían llevado a los ocho años carecía de espíritu. La enseñanza era rutinaria; los modales de mis condiscípulos, vulgares y sin elegancia. Cuando volvía aquí me sentía cautivado por el ambiente de libertad y cortesía que se respiraba junto a él. Nunca discutía ni se enfadaba, aunque por uno de los inescrutables designios de su personalidad dual, no había renunciado a castigar corporalmente las faltas de sus inferiores. Yo le he visto azotar con las correas de las caballerías al mayoral de las tierras, una especie de atleta que aceptaba los azotes aullando, y le he visto seguidamente comentar el castigo con el señor vicario, que condenaba aquellas cosas como propias de *l'ancien régime* y contrarias a la fraternidad cristiana. El hecho ocurría de una manera casi periódica, aproximadamente cada cambio de luna, porque el mayoral era mal hablado y decía «vatuajudes», vocablo que no encaja ciertamente en el clásico vocabulario del siglo XVIII, por lo menos tal como lo imaginamos en nuestros días. Me horrorizaban y me atraían los preparativos de la escena, la amable naturalidad con que el señor señalaba las correas que pendían detrás de la puerta del zaguán y el modo como el mayoral se las presentaba respetuosamente.

—A ver —decía don Antonio— cuánto tiempo recordarás esto. Quítate la camisa, siéntate en un taburete e inclina la cabeza.

El mayoral inclinaba la cabeza y resultaba desconcertante ver cómo aquel hombre, joven y vigoroso, se dejaba azotar por don Antonio, que era más bien pequeño y pasaba de la cincuenta. Ya que las leyes físicas y biológicas repugnaban la escena, pienso que aquella sumisión por parte del mayoral, que algunos tildarán de vileza, obedecía a fuerzas morales, a todo un orden de cosas (disciplina, tradición, jerarquía) que honraban igualmente al amo y al criado.

Terminada la ceremonia, el señor recomendaba al doméstico que si la piel le escocía se pusiera aceite del fino y volvía a sus lecturas de los clásicos. Él me enseñó la lengua francesa y me inició en Racine y Molière, y, gracias a él, un pobre sacerdote de pueblo que nunca ha querido faltar a sus votos no morirá sin saber cómo amaba Fedra o cómo sonreía Celimena. Creo que Dios ha de preferir mi sacrificio consciente a los sacrificios de las mentes oscuras, que casi no son, en verdad, sacrificios.

Era un hombre extraordinario. Sé que sus detractores podrán reprocharle muchos aspectos y hasta burlarse de su cultura dieciochesca un poco apolillada. A medida que las ciencias vayan avanzando (y el ritmo es acelerado en este final de siglo), su erudición habrá de parecerse forzosamente frívola, de mero aficionado. En realidad, él no pretendió ser otra cosa. Pero su importancia no consistía en la ilustración, sino en sus intuiciones geniales, que en ocasiones hacían de él un precursor. No vacilo en consignarlo, y así lo apreciaron también, en su simplicidad, gran parte de los aldeanos de Bearn: aquel ser razonable, escéptico, abúlico e indiferente parecía tener, Dios me perdone, algo de brujo.